

# Los ConTeM poRa nEoS

Ya no tiene el Día de Difuntos el ritual que tuvo en tiempos escasamente lejanos. Si doblan las campanas, el sonido se pierde en la opacidad del aire potuto; el son se lo lleva el tráfago. Quizá todavía alguna antigua familia, en el pueblo o en la villa de provincias, encienda las lamparillas hechas con un recorte de carta de baraja de

## BEATI QUI MORIUNTUR IN DOMINO

Fournier, como para el último mus que, según la popular y ratonera canción, se juega en el cementerio; recorrito de carta, rodaja de corcho y un cabo sobrenadaban en una capa de aceite sobre una capa de agua, y la lucicilla parpadeante sacaba sombras medrosas durante toda la noche a los objetos y enseres familiares, que dejaban de serlo para adquirir un aire de ultratumba... ¡Día de Difuntos! Era el día en que uno tendría que ver pasar su propio entierro, según la vieja tradición. La de Juan de Mañara, la del Estudiante Endiabrado, de Espronceda. La de Don Juan Tenorio, con su reloj de arena. Ya no hay Tenorio, ya no hay castañeras casi, ni apenas puestos de crisantemos.

¿Qué queda del Día de Difuntos? Queda, quizá, Larra. No vio pasar su entierro: vio pasar el de todos los demás. "Beati qui moriuntur in Domino", citaba al principio de su famoso artículo "Día de Difuntos de 1836". Aquel día tuvo Larra una nube de melancolía: «pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada», escribía. Estaba desazonado. Sepultaba sus manos en las faltriqueras «como si mis faltriqueras fuesen el pueblo español y mis dedos otros tantos Gobiernos» (en busca de dinero), alzaba la vista al cielo «como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, o la bajaba, avergonzado, como quien ve un faccioso más». Y así se ordenó a sí mismo salir a la calle, y se dijo «¡Fuera!», como si oyese hablar a un orador en las Cortes. Y fuera vio que las gentes iban al cementerio. «¿Dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro? Y vio claro: «Madrid es el cementerio». Comenzó a ver a los vivos como muertos y a los muertos como vivos: «Ellos viven porque tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni moviliza-

dos; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo». A "Figaro", los monumentos se le antojaron sepulcros y comenzó una retahíla de epitafios. «Los Ministerios. Aquí yace media Es-

paña; murió de la otra media». «¿Qué es esto? —exclamó, más allá— ¡La cárcel! Aquí reposa la libertad de pensamiento. ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres!» En Correos —sólo queda ya el nombre: la calle de Correos—, Larra vio este epitafio: «¡Aquí yace la subordinación militar!» (cita la insurrección militar de 1834, en la que murió el general Canterac). Inmediata, la Puerta del Sol: «La Puerta del Sol: ésta no es sepulcro sino de mentiras». La Bolsa: «Aquí yace el crédito español». «El Salón de Cortes. Fue casa del Espíritu Santo, pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego» (donde estaban y están hoy las Cortes estuvo la iglesia de clérigos menores del Espíritu Santo). Quiso aún desprenderse de la «horrible pesadilla» y gritó ¡Fuera! a los espectros, gritó «¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia!». Quiso refugiarse en su propio corazón, «lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos». Pero su corazón no era «más que otro sepulcro». Con su epitafio: «Aquí yace la esperanza». ¿Una figura literaria de escritor romántico? No, no. Le quedaban tres meses y medio de vida: el 13 de febrero de 1837 se disparó un pistoletazo en la sien, delante de un espejo que aún se conserva en el Museo Romántico. Dicen que fue porque ese día le abandonó Dolores Armijo, su amante. Quizá fuera por otra cosa, o por otras cosas. Tenía veintisiete años. Y cuando le enterraban, una figurilla trémula se adelantó y leyó unos versos elegíacos. Tenía veinte años, y con ellos se hizo famoso: se llamaba José Zorrilla, y su "Don Juan" sería precisamente la conmemoración española durante más de cien años del Día de Difuntos.

Ya no hay Tenorios. Ya no debe haber lamparillas. Y cuando uno lee el artículo de Larra, tiene que negarse a sí mismo el valor, por lo menos, de una de sus frases. Porque aquí no yace la esperanza... ■

POZUELO

## SOCIALISTAS Y COMUNISTAS

### Los invitados del Elíseo

El Presidente de la República Francesa, Valéry Giscard d'Estaing, había anunciado su propósito de recibir en el Palacio del Elíseo a los dirigentes de las grandes agrupaciones políticas del país, incluyendo los de la oposición. Esta frase debe leerse de otra manera: especialmente, los de la oposición, puesto que los otros —los gubernamentales— son más o menos visita diaria. La intención inmediatamente visible del Presidente era la de reducir los términos derecha-izquierda en que se desenvuelve la política francesa: que le parecen más duros y más molestos para el país que una colección de partidos con

turas políticas y un largo paso por el partido radical, por miedo a una presión fuerte del anticomunismo de los Estados Unidos (con tanto eco en el interior)... Una cierta campaña de los círculos próximos al poder alienta esa desconfianza y sostiene la idea de que Mitterrand puede ser fácilmente primer ministro si abandona la coalición con los comunistas y acepta una fórmula centro-izquierda, y desde la más inmediata proximidad (Poniatowski, ministro del Interior, hombre de confianza de Giscard; según las lenguas, Giscard es hombre de confianza de Poniatowski) el partido comunista ha sido calificado



La fórmula hallada en el Congreso del PCF se emparenta, en cierto modo, a la propuesta recientemente por los comunistas portugueses: participar en la vida democrática y abrir todas las vías posibles para conseguirla, prescindiendo de la implantación de la dictadura del proletariado, e incluso de cualquier forma de socialismo concreto hasta que las circunstancias lo permitan.

diferentes puntos de vista, pero capaces todos de ser consultados por el Jefe del Estado —que en Francia, República presidencialista desde las reformas de De Gaulle, es jefe del ejecutivo—, con objeto de conducir la gobernación del país por vías aceptables para todos. Para la oposición de izquierda, la oferta estaba repleta de trampas. Una invitación que fuese hecha solamente al socialista François Mitterrand, como cabeza visible de la unión de la izquierda sería rápidamente considerada como un intento del poder para sumarse solamente a Mitterrand y dejar desplazados a los comunistas y a los radicales. Los comunistas tienen desde siempre vehementes sospechas de que en un momento dado pueden ser abandonados por sus compañeros de coalición: por razones históricas (el final del frente popular de antes de la guerra), por razones biográficas de Mitterrand (no es un marxista de cuna, ni siquiera de juventud; ha llegado al socialismo después de varias aven-

de «totalitario y fascistoide» (véase nuestro número anterior).

Pero si la invitación fuese hecha a los tres jefes de los partidos de la unión de la izquierda, la sospecha inmediata hubiese sido la de que el Elíseo —la Presidencia de la República— trataba de maniobrar para separar unos de otros. ¿Cómo podría saber el partido comunista lo que Giscard había dicho a Mitterrand en el secreto de la conversación a dos? La invitación ha sido cursada de esa manera —a cada jefe de partido—, y la izquierda la ha rechazado. Pero la forma de rechazarla ha sido un poco extravagante. Al parecer, Mitterrand y el secretario general del partido comunista, Marchais, habían conferenciado previamente y habían decidido aceptar la invitación. Mitterrand había dado a entender su aceptación antes de un largo viaje político —a Cuba, primero; a las Antillas francesas, después—, y el mismo día en que regresaba se iba a enterar de que, utilizando la tribuna del Congreso extra-